

DE BUENAS LETRAS

El equilibrio

MIGUEL ARNAS CORONADO De la Academia de Buenas Letras de Granada

«No hubiera más tierra en la tierra que agua en el agua, y de aire en el aire y de fuego en el fuego», asegura Nicolás de Cusa que ocurrió en la Creación. O en la evolución. (En el fondo, ¿qué más da?, ¿no preferimos la película al telediario?). Quiso decir con eso que el mundo es equilibrio. Muchas sentencias de la sabiduría antañona pueden aplicarse al hoy sin necesidad siquiera de mano de barniz. Si nos apropiamos de esa frase de Nicolás de Cusa, la contaminación, que no es aire ni agua ni tierra, sino fuego, está invadiendo terrenos impropios. Esas opiniones escolásticas proceden del pitagorismo y del concepto musical de armonía, de coherencia y equilibrio producido por la maravilla del número y la proporción que acomodan esa ponderación y medida del universo. La armonía, en griego antiguo, era el buen ensamblaje entre elementos que forman un todo: las maderas de un barco, las piedras de una casa. De ahí pasó la palabra a la música: equilibrio, trabazón.

Ese mismo Nicolás, cuyo verdadero apellido era Krebs (en alemán, cangrejo), habló de la docta ignorancia. ¿Se anticipó al quietismo o siguió a Meister Eckhart? El no saber, que enarbolaron Juan de la Cruz y, por extraño que

parezca, también Nietzsche, consistente en dejar la mente en blanco, ignorante, para permitir la inmersión en la sabiduría inefable. Hoy hemos caído en la ignorancia pero no docta, en la voluntad de no saber. En la obsesión por la diversión. Diversión que no responde a la palabra: di-verter, verter en dos direcciones, el trabajo o lo que es obligado, y el entretenimiento. Ya dijo Ernst Jünger que ese solaz, actualmente, ha dejado de serlo porque, si es imperativo, ya no es solaz. Lo expresó muy bien aquella especie de sansirole detenida por la policía en plena pandemia cuando aseguró tajante: «Es que yo me tengo que divertir». Ni demasiada responsabilidad ni exceso de cachondeo.

Eso nos falla, el equilibrio. No solo sin equilibrio no hay belleza, sino que sin él no hay vida. Chinos y griegos adivinaron que ciertos sonidos musicales podían conducir a la decadencia de la sociedad, o cuanto menos anunciarla de forma inminente.

Estas reflexiones me las inspira un libro riquísimo titulado 'Filosofía y consuelo de la música', de Ramón Andrés. Compendio de filosofía inspirada por la música o viceversa, mezclado con el consuelo que aportan en tiempos nefastos. Un sabio, este Ramón Andrés, cuya lectura es imprescindible.